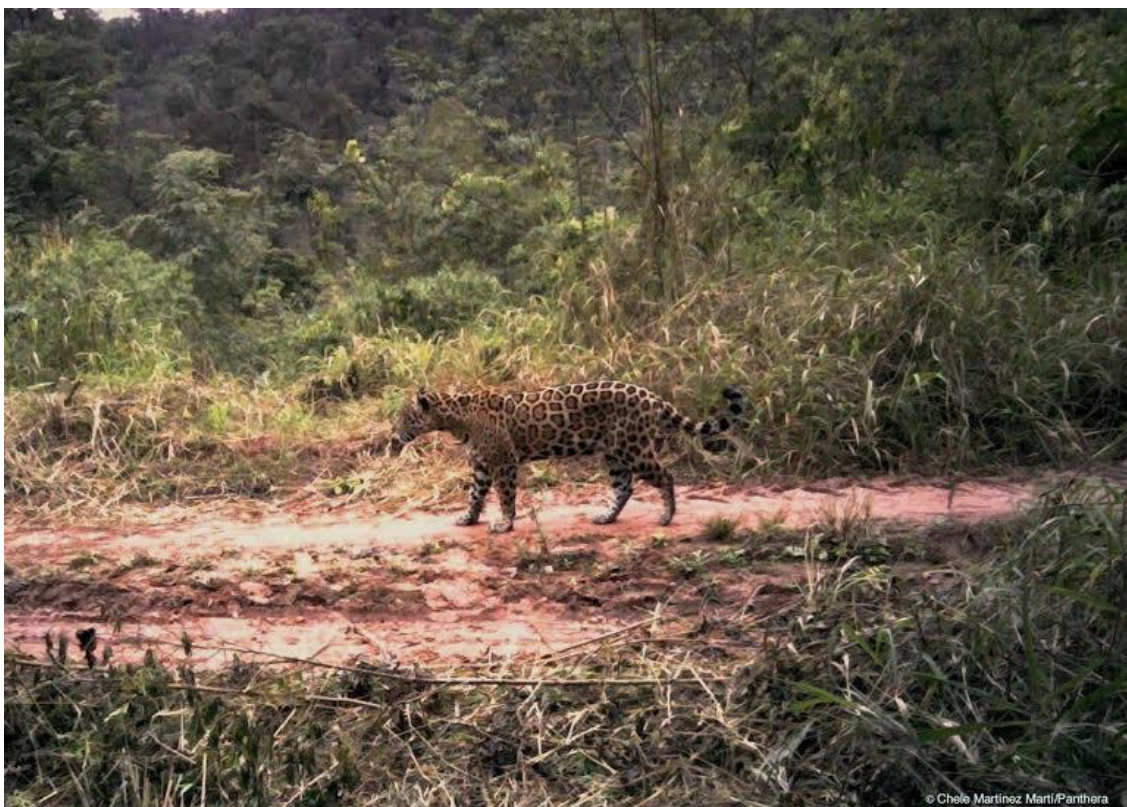


LA PERSISTENCIA DEL TIGRE (YAGUARETÉ) EN ARGENTINA: ¿UN CONFLICTO ENTRE DESARROLLO Y CONSERVACIÓN?

Chele Martínez Martí, Sebastián Albanesi, Alejandro Piggot y Alejandro D. Brown



Denigrado o exaltado, considerado alimaña o icono, el yaguareté ha mantenido una larga y difícil relación con los humanos en la Argentina y el resto de Latinoamérica. En la actualidad, a medida que una insaciable demanda global de alimentos y combustibles sitia los últimos reductos privilegiados que lo albergan, a medida que los prejuicios que enfrenta históricamente la especie siguen expresándose con la muerte de los escasísimos ejemplares remanentes a manos de las personas que ocupan o transitan su morada, el precario estado de las poblaciones de esta antaño abundante joya de la fauna nacional hace temer por su futuro.

Con el espectro de la extinción rondando a los últimos individuos de la región chaqueña y una población relativamente estable aunque muy reducida y condenada a un costoso manejo crónico en el extremo noreste del país (Corredor Verde de Misiones), el principal bastión para el tigre en Argentina se encuentra sin duda en las abruptas quebradas y cerros selváticos de Salta y Jujuy, en la Reserva de Biosfera de las Yungas. Es en estos enclaves selváticos del noroeste argentino, donde el “overo” (como se lo denomina localmente al tigre) sigue imprimiendo con su presencia esa tensión vital al paisaje que sólo se percibe en los lugares donde aún habita y asecha...

Convivir con un gran carnívoro no es fácil, y salvo en algunos lugares puntuales protegidos, (PN Baritú PN Calilegua, RN El Nogalar, PP Pintascayo, PP Acambuco), los tigres viven compartiendo su espacio con las personas. Esto es algo que, a menudo se olvida en las ciudades, desde donde se diseñan, a partir de un puñado de documentos e información reciclada de otros, mediáticas campañas que



distraen sobre lo que es realmente importante. Para entender al yagareté y a su mundo, para conservar y manejar exitosamente los paisajes naturales donde vive y llevar a cabo actividades de conservación que generen un impacto real sobre el terreno, resulta imprescindible conocer de primera mano y en profundidad la situación. Una buena manera de empezar a conseguirlo es desplazándonos al lugar y, recorriéndolo con apertura de miras, entablando conversaciones sin prejuicios con las personas que matan al tigre en su lucha obstinada por sobrevivir en un ambiente muchas veces adverso. Se trata en definitiva de identificar, conjuntamente y en ocasiones mediante grandes dosis de creatividad y recursos, las acciones adecuadas al contexto local que potencialmente ayuden a mitigar más pérdidas por ambas partes.

A diferencia de lo que ocurre en otras partes del mundo, donde un lucrativo comercio de partes de grandes félidos ha estimulado su persecución y extirpación, incluso en el interior de áreas protegidas, los pobladores de las Yungas no invierten su tiempo en la caza del overo, si este no supone una amenaza concreta al sustento de sus familias. Sin embargo, cuando un animal demuestra estar demasiado “aquerenciado” con la carne ajena, su suerte está echada.

Siendo esta la realidad, resulta evidente que si no se aborda de manera enérgica en próximas estrategias de conservación del felino los intereses de las familias que viven en el interior de las montañas selváticas, de manera que los costos de estas no recaigan, como hasta ahora, en las espaldas de estas gentes humildes, el desenlace de tales aventuras es tan predecible como dramático.

Al margen de los niveles de conflictividad elevados que hemos observado entre los tigres y los pequeños productores ganaderos a una escala local, la persistencia de la especie en un área como la Reserva de Biosfera de las Yungas (RBYungas), con escasa protección oficial y situada a pocos kilómetros de algunos concurridos centros urbanos erigidos a lo largo de las muy transitadas rutas nacionales 34 y 50, sólo puede explicarse si atendemos a dos factores que resultan cruciales para la fauna mayor: las posibilidades que brinda la naturaleza y la distribución de las grandes actividades productivas en el paisaje.

La búsqueda de un balance entre la creciente demanda de tierras para la producción de alimentos y combustibles y la conservación del hábitat del yagareté, sintetiza muchos de los conflictos entre los diferentes usos del territorio y,

desafortunadamente, es un área de trabajo pocas veces abordada de manera conjunta por los sectores interesados en el desarrollo productivo y en la conservación de la biodiversidad. En las partes bajas de las Yungas, en los últimos parches extensos de Selva Pedemontana en buen estado de conservación, estos conflictos se han reflejado en procesos de cambio muy sesgados hacia determinados lugares de elevada aptitud agrícola, lo que ha permitido que también se mantengan amplias extensiones libres de interferencia humana permanente. Al Este, donde el paisaje quebrado da paso a un relieve de pendientes más suaves, se ha venido dando desde hace décadas un intenso proceso de deforestación para dar paso a diversas formas de agricultura intensiva. Este proceso, unido a la falta de una rápida reacción por parte de las instituciones implicadas en la conservación ante la magnitud del avance de este fraccionamiento ecorregional, sumado a la inexistencia de información y herramientas de gestión oportunas sobre las áreas críticas que antaño permitieron el movimiento de los tigres entre las ecorregiones de Yungas y Chaco, ha resultado finalmente en la reducción irreversible de continuidad entre ambas ecorregiones cercanas, complementarias ecológicamente. Esto ha generado la imposibilidad creciente de que se produzcan eventos de recolonización natural de tigres en la región chaqueña a partir de la aún numerosa población de yaguaretés que habitan las Yungas. Sin embargo, la concentración de actividades humanas que generan estos eficientes y tecnológicos sistemas productivos ha sido clave para que el tigre siga viviendo en las Yungas. Esto es debido al lento pero continuo proceso de emigración rural y al consiguiente abandono de puestos ganaderos sobre decenas de miles de hectáreas de bosque, a raíz de la “atracción” que se genera desde los cercanos centros poblados, que dependen en gran medida de una agricultura de gran rentabilidad económica y sus consecuentes servicios esenciales (salud, educación, comunicación, empleo).

Este modelo agroindustrial, ha logrado aumentar de manera significativa la productividad de alimentos y disminuir la presión sobre los ambientes naturales no deforestados que existen en las cercanías, ayudado sin duda por la topografía y los accesos dificultosos. Esa es la principal razón por la que el tigre, todavía hoy, mantiene en las Yungas argentinas una población de importancia no sólo nacional, sino también en un contexto global. Un



claro ejemplo de lo que sería la otra cara de la moneda y de sus nefastos efectos sobre el tigre lo encontramos en gran parte del Chaco Semiárido, en el conocido “Impenetrable”, que recorrimos también de manera intensiva recientemente. En esa región, las políticas gubernamentales han favorecido históricamente la expansión e intensificación de los puestos ganaderos sin considerar adecuadamente resguardos ambientales, entre los que se cuentan haber apartado tempranamente extensos territorios destinados prioritariamente a mantener muestras representativas de la naturaleza chaqueña con poca intervención humana. Esta falencia ha provocado la casi completa extirpación regional del tigre y de otras especies de grandes mamíferos y una

progresiva y extensa degradación ambiental con niveles persistentemente bajos de producción de alimentos y calidad de vida.

Casos como los citados, deben hacernos reflexionar sobre qué tipo de información estamos generando y que estrategias hemos venido desarrollando para alcanzar nuestros objetivos de conservación de la biodiversidad. Si queremos ejercer un impacto a la escala que requiere el yagareté (que es la escala de la conservación de la biodiversidad), escala a la que trabajan las tantas veces demonizadas grandes corporaciones agroalimentarias, debemos proveer a estas y a otros sectores directamente implicados en el diseño de los Planes de Ordenamiento Territorial y en el desarrollo de los Planes Estratégicos nacionales y provinciales, con el tipo de información que necesitan para poder alcanzar sus objetivos sin que estos interfieran en la persistencia de la biodiversidad. Esto es algo perfectamente posible mediante la generación de espacios de diálogo persistentes en el tiempo, basados en el uso de las recientes técnicas de modelación de distribución de especies, los nuevos programas de computación de priorización de áreas para conservación y, por último, mediante esfuerzos sobre el terreno para verificar la validez y afinar los resultados de dichos ejercicios de modelación. Se trata en definitiva de generar información espacialmente explícita, respaldada por una sólida base cuantitativa y verificada en el terreno sobre áreas prioritarias y el costo que su protección supondría para la producción agroganadera. Procediendo de esa manera, más a menudo de lo que cabría pensar, nos encontraremos con que los costos invertidos en una estrategia de conservación eficiente podrían ser menores a lo supuesto e incluso podrían promover la valoración ambiental de los productos generados en estas regiones críticas, donde la pérdida de biodiversidad, la marginación social y la deficiente calidad de vida rural dominan el paisaje.

Nuestra reciente experiencia con el tigre en regiones sujetas a sistemas productivos dispares, nos muestra que los objetivos de conservación y producción pueden ser alcanzados si se opta por un modelo productivo eficiente pero bien direccionado espacialmente. De la estrecha colaboración entre los sectores productivos y los organismos e individuos interesados en la preservación del tigre y su hábitat, depende disponer de manera anticipada a la implementación de dichas iniciativas productivas, de la información adecuada para influir en su disposición espacial y preservar así las áreas que aún son realmente importantes para la especie y su entorno. Las Selvas Pedemontanas de las Yungas, sea por su localización estratégica para mantener la conectividad entre las actuales áreas protegidas o por su mayor capacidad intrínseca para albergar poblaciones densas de grandes mamíferos en un contexto ecorregional, constituyen áreas merecedoras de toda nuestra atención y esfuerzo por conservarlas. Pasadas experiencias que resultaron en la pérdida de áreas críticas que permitían el movimiento del tigre entre los ambientes chaqueños y yungueños, o dentro de la misma ecorregión como ocurre entre los últimos remanentes de Selva Atlántica que albergan tigres en Misiones, debe servirnos de advertencia para evitar que tales hechos se repitan en el ámbito de las Yungas, conduciéndonos a una situación de fragmentación difícil o al menos muy costosa de revertir.

Hoy las Yungas del Alto Bermejo, inmersas en la RBYungas con 1.3 millón de hectáreas son el refugio seguro para la mayor diversidad de felinos en el mundo (7 especies en total) y también el último y mayor refugio seguro del tigre en Argentina. Todo un emblema que necesitamos preservar con un trabajo consensuado entre distintos sectores de interés de nuestra sociedad. Lo más importante es que es posible y estamos a tiempo.

CON EL APOYO DE:



www.panthera.org/programs/jaguar/jaguar-corridor-initiative



www.proyungas.org.ar